

BLOQUE III: HISTORIA DE ÁFRICA

La Historia Contemporánea en África y sus efectos sobre la mujer en la sociedad subsahariana

M.^a Dolores ALGORA WEBER

Universidad San Pablo CEU

RESUMEN

El artículo pretende abordar el tema de la mujer subsahariana teniendo en cuenta dos características fundamentales, primero la heterogeneidad y segundo los efectos de la historia colonial. La pertenencia a etnias diferentes dentro de la raza africana, así como su distinta ubicación geográfica en el inmenso continente, determinaron la forma en la que la presencia extranjera condicionó la vida de las mujeres africanas a partir del fenómeno imperialista. Esos cambios no sólo alteraron el orden social africano en su tiempo, sino que han dejado una huella indeleble en la que encuentra sus raíces la situación que la mujer subsahariana vive en el presente. Además del análisis histórico que se recoge en este estudio, el trabajo pretende ser un escrito comprometido en el que se reconozca el esfuerzo que la mujer africana actual debe hacer por superar su situación y buscar el equilibrio entre su propia tradición ancestral y el mundo moderno que exige el desarrollo.

PALABRAS CLAVE

Historia Contemporánea, Mujer, África, Imperialismo.

ABSTRACT

The main aim of this article is the study of the situation of African women from the point of view of her ethnical diversity and the effects of colonial history. Imperialism changed the African way of life and it left its traces on the woman situation in the African society. It changed her role. At the present, the African woman must look for a new life gathering her tradition and the development of a modern way of life.

KEY WORDS

Contemporary History, Women, Africa, Imperialism.

SUMARIO El continente Africano: su historia y su actualidad. La mujer tradicional africana. El desgarrar de la mujer en la época colonial. De la mujer africana post-colonial a la actual.

Al hablar de la mujer subsahariana en el mundo contemporáneo no debemos olvidar dos elementos que son fundamentales para una mejor comprensión del tema desde un análisis que nos llevará a una visión desde fuera de África.

En primer lugar, debe plantearse como algo evidente que la mujer africana no puede ser entendida si se olvida el contexto general al que pertenece. Tendremos que tener en cuenta los efectos y transformaciones que el contacto de la civilización occidental causó sobre la civilización africana. Esta circunstancia ha dejado una huella que ha convertido a la mujer, como a muchos de los aspectos de aquel continente, en el resultado de una cultura tradicional y otra ajena a ésta que se sobrepuso durante los siglos más recientes de la historia, y que además, descolonizó África negra a una velocidad vertiginosa a partir de la década de los sesenta del siglo XX. La suma de esa sociedad tribal a los elementos propios de una sociedad colonial fundamentada y estructurada de manera completamente distinta, permiten componer la realidad contemporánea con más exactitud.

Por otra parte, no debemos caer en la trampa que nos tiende la distancia y el desconocimiento cultural. Al hablar de la mujer subsahariana no podremos abordar el tema como si se tratara de una unidad. En ningún caso podremos olvidar la diversidad étnica y el distinto nivel de desarrollo que siempre existió y todavía se conserva en el conjunto Africano.

Es decir historia y heterogeneidad son dos factores insoslayables a la hora de profundizar en el contenido de este tema. Si bien es cierto que en una primera aproximación podemos buscar algunas características comunes, precisamente resultado de este encuentro, o más bien choque, del pasado.

El continente africano: su historia y su actualidad

África precolonial estaba caracterizada por las múltiples y variadas etnias, cuyos niveles de desarrollo eran muy distintos en función de algunos aspectos históricos como fue la islamización de las zonas costeras del Océano Índico o el empuje del norte Africano árabe hacia el sur. O también en función del contexto medio ambiental, pues no es lo mismo el sahel, o bien el desierto subsahariano, que las regiones interlacustres.

Aunque en la época moderna ya encontramos la presencia colonizadora de las potencias europeas, vamos a centrar nuestro estudio en la época contemporánea. En los resultados de la acción colonial a partir del periodo expansionista comprendido entre 1880 y 1910. Esquematizar los efectos del proceso imperialista sobre África vuelve a convertirse en otro asunto complicado. La inmensidad del continente, sus distintas características geográficas y ambientales, así como la diferente idiosincrasia de los colonizadores marcan resultados muy distintos de una región a otra.

En cualquiera de estas situaciones, sí podemos tener la seguridad de que la presencia europea transformó por completo la vida africana. Las estructuras y relaciones sociales, las creencias y costumbres y el sistema económico. Deshicieron los imperios y sometieron a los dirigentes autóctonos, que aunque se resistieron acabaron claudicando ante la acción de los europeos. De esta forma se fracturó el equilibrio cultural y material existente, siendo sustituido por una relación de dependencia generada por la instalación del sistema capitalista. El capitalismo, integrado en una economía y comercio mundial, explotó los recursos de África y obligó a los pueblos a trabajar no para sí mismos sino para el desarrollo europeo¹.

De todas las consecuencias de la colonización la más destacada fue el cambio que se produjo sobre la estructura agraria². La agricultura tradicional destinada a las necesidades de la comunidad para el consumo directo y el trueque, se comercializó orientándose hacia el mercado exterior. El resultado fue que con el tiempo los cultivos de exportación fueron sustituyendo a los de subsistencia, lo que alteró los patrones de uso y propiedad de la tierra. La evolución del sistema productivo afectó a las costumbres sociales que regían el trabajo por sexo y grupos de edad. La situación de la mujer fue especialmente sensible a la nueva sociedad, la cual perjudicó su posición tradicional al perder el control de los recursos productivos básicos y destruir algunos de los vínculos sociales y familiares en los que se apoyaba.

Estos aspectos nos orientan para empezar a explicarnos la situación de África en el presente. En 1975 un informe de la Comisión Económica para África (CEA), llegaba a la conclusión de que uno de los factores que contribuyen a la escasez de alimentos en África era precisamente lo comentado en el párrafo anterior sobre los efectos ocasionados en la situación de las mujeres.

La demanda de mano de obra asalariada para la agricultura como para el trabajo industrializado a pequeña o mediana escala en un principio, favoreció la quiebra del núcleo familiar y la división del trabajo bajo el modelo occidental. La migración rural a los centros urbanos fue fundamental en esta desorganización de los modelos africanos predominantes hasta entonces. El reclutamiento era básicamente masculino, mientras que las mujeres permanecían en sus hogares. Esto no se debía únicamente a una preferencia de los colonos, sino también de los propios africanos, a quienes les costaba aceptar por cónyuge a una persona instruida o urbanizada frente a la mujer tradicional que le resolvía sus problemas domésticos³.

A estos movimientos de trabajadores se añadieron los desplazamientos entre países africanos. Por ejemplo, en la región oriental de Costa de Marfil, las autoridades fran-

¹ Instituto del Tercer Mundo: «Las culturas Africanas antes de su entrada en el Tercer Mundo», en *Guía del Mundo 1999/2000*, Montevideo, 2001.

² «El advenimiento de la sociedad colonial», en *África Internacional* n.º 18; www.eurosur.org

³ CORTES LÓPEZ, J.L.: *Historia Contemporánea de África (Desde 1940 a nuestros días)*. Madrid, 1995, p. 274.

cesas favorecieron la llegada de mano de obra del norte del territorio y de los países vecinos. Estos trabajadores dejaron a sus familias en sus sitios de origen.

Sin embargo, la colonización tuvo algunos efectos positivos. Permitió elevar el índice de alfabetización del continente de lo que se beneficiaron sobre todo los hombres. Muy lejos de obtenerse los niveles que hubieran sido deseables, al menos sacó a una parte del continente del arcaísmo tribal. Aunque más bien, lo que produjo fue un solapamiento de las viejas costumbres con las nuevas que imponían los europeos.

El proceso de descolonización fue muy rápido. Las independencias trajeron en muchos casos regímenes autoritarios y la politización del sindicalismo al servicio de los partidos únicos. Estas circunstancias perjudicaron enormemente el proceso de evolución en África. En otras palabras, al desmantelamiento de las estructuras que había supuesto la presencia europea, se añadieron los problemas endógenos del continente Africano.

Lo que en la historia europea hemos denominado como «la cuestión de las minorías», en África fue estallando con el paso de los años a raíz de las emancipaciones. Los viejos trazados fronterizos del colonialismo se conservaron prolongando una ficción territorial que no respondía a la realidad de los pueblos africanos. De este modo podemos entender, que la lucha por el poder político entre las distintas etnias organizadas «a la europea», ha contribuido al colapso del Estado en muchos países subsaharianos.

Esto ha tenido una evidente repercusión económica, puesto que la práctica del golpismo se ha acompañado de la práctica de la corrupción, que a su vez, priva a la sociedad de las posibilidades de desarrollo. El problema de muchos de los países de África es que este contexto no ha permitido la aparición de unas clases medias suficientemente amplias como para frenar el poder de los gobiernos, ni actuar como cauce de presión sobre estos para lograr que las prestaciones sociales mínimas lleguen a los sectores más bajos de la sociedad. En este sentido, tendríamos que decir que en medio de un mundo «moderno» la tradicional forma de subsistencia Africana ha tenido que mantenerse para llenar esos vacíos que no satisface la administración de muchos países.

A pesar de la dureza y de los matices que se deberían introducir, no es un error afirmar que el África Subsahariana actual está caracterizada por una profunda crisis global. Y que la pervivencia de estructuras tradicionales, en cierta medida ha salvado el empobrecimiento de las circunstancias en un mundo que por su historia y su presente le ha costado asumir la «modernidad» —por lo menos lo que nosotros entendemos como tal.

En esta crisis se unen varios elementos de distintas índoles, tales como son las consecuencias del cambio climático, la escasez de agua que favorece la penuria, la situación de la sanidad, los conflictos que se interrelacionan entre muchos de los Estados.

En este conjunto de circunstancias las mujeres, niños y minorías étnicas son las principales víctimas. Esto se entiende recordando el carácter esencialmente rural que siempre ha definido al mundo Africano y dentro de esto el papel que siempre ha juga-

do la mujer africana en su sociedad original. Ella ha sido la principal responsable de la producción de alimentos, a través de un trabajo familiar no remunerado, o bien, desempeñando actividades agro-industriales a pequeña escala, comercio, trabajo artesanal y temporal; a esto hay que añadir su alta tasa de fecundidad del 5,1 que la convierte en la mayor reproductora de población del mundo.

Aunque existe un sector importante de mujeres africanas que se han incorporado al desarrollo urbano, es fácil suponer como los conflictos producen un especial fenómeno de desarraigo y desorganización social en el campo y en las ciudades. Este fenómeno se extiende y empeora con la violencia y el paso del tiempo. El resultado es un círculo vicioso difícil de romper porque realmente está minando la base sobre la que se estructuraba el continente africano en sus posibilidades de desarrollo.

La mujer tradicional africana

La situación de la mujer se vio profundamente afectada por el proceso histórico que marcó el paso de los sistemas tradicionales a los sistemas coloniales. Este cambio fue violento y radical respecto los sistemas propios, dando como resultado un sistema híbrido.

En el sistema tradicional, el derecho al usufructo sobre la tierra y el ganado, proporcionaba a la mujer una seguridad y estabilidad muy superior a la que se puede derivar de la propiedad privada. En las familias pastorales y agrícolas todas las mujeres contaban, en mayor o menor medida, con sus propios recursos naturales de subsistencia. Esto era una estrategia vital en aquellas sociedades.

El grado de adaptación y compenetración con el medio ambiente era completo. En este sentido, aunque ésta sea una realidad común a los distintos pueblos, lo que habrá que tener presente es que no eran –ni son– iguales todos los pueblos. Por ejemplo, los pueblos pastores nómadas del norte de Malí no compartían los hábitos con los costeros de Mozambique, aunque ambos adaptaran sus formas de vida al hábitat en el que se situaban. Esto hay que tenerlo en cuenta porque las funciones sociales y las tareas en las que se implicaba la mujer eran distintas. Por eso es muy difícil abordar el tema como un todo homogéneo, aunque buscaremos algunos factores generales que permitan identificar los rasgos de la mujer africana.

La división del trabajo por sexo y grupo de edad fue característica de la sociedad tradicional. En los pueblos de subsistencia agrícola, las actividades del campo y la producción de alimentos normalmente estaban reservadas para la mujer, las cuales también se encargan de las actividades domésticas, incluyendo la recolección de leña y el acarreo del agua. A los hombres se les solía reservar el pastoreo, la caza y la guerra.

A la mujer habitualmente le correspondía una cantidad de tareas muy superior a la del hombre. Por ejemplo, un estudio sobre las mujeres Beti, del sur del Camerún, demostraba como éstas trabajaban 46 horas semanales frente a las 20 del hombre y las 5 del patriarca o jefe de la tribu⁴.

«A estos aspectos hay que sumar la relación que tiene el trabajo con el concepto de la crianza. Para la mujer tradicional la esencia de la feminidad radicaba en la maternidad y la alimentación de la familia, lo que implicaba también encargarse de la producción y provisión de los alimentos. Desde este punto de vista, el cultivo adquiría un carácter femenino».

Estas circunstancias proporcionaban cierto grado de protección a la mujer. En primer lugar, porque se convertía en una persona mucho más autosuficiente de lo que eran y son otras mujeres en otros continentes donde encontramos sociedades en vías de desarrollo; incluso, por el contrario, generaba una dependencia del hombre hacia la mujer muy fuerte. Tampoco olvidemos la importancia de la mujer para garantizar la supervivencia de sus descendientes. En definitiva, el conjunto del clan familiar.

Por otra parte, el sistema tradicional favorecía algunas ventajas para la mujer africana en cuanto a la posesión de la tierra, especialmente destacable en los pueblos poligámicos, muy habituales en la sociedad subsahariana. Los recursos estaban repartidos y se usaban separadamente. Normalmente estos pueblos eran patrilineales, es decir tanto el hombre como la mujer continuaban perteneciendo a sus propios linajes incluso después del matrimonio. La identificación de la mujer con respecto al grupo de parentesco natural era algo inalienable. Esto implicaba como una práctica corriente, que la mujer hiciera regalos y ayudara a su familia originaria en periodos de carestía; y por otra parte, en caso de divorcio podía regresar a casa de sus padres o hermanos con su fuente de subsistencia⁵.

En caso de poligamia, por el mismo argumento, la llegada de una nueva esposa no implicaba el reparto y deterioro del nivel familiar en estos casos, pues las economías estaban separadas. Por ejemplo, es muy ilustrativo, el caso del pueblo Ewe en Ghana donde la mujer al casarse se integraba en la familia del marido con su «olla personal» lo que implicaba que era una entidad productiva y de consumo independiente.

En algunas regiones en la distribución de la tierra había algunas consideraciones de género, pues son pueblos en los que existían cultivos masculinos y cultivos femeninos, separados de las parcelas familiares. Por ejemplo, entre los habitantes del Mandé, región que se extiende entre Malí y Guinea, estaban los Malinké. La familia en este caso

⁴ «La división del trabajo» en *África Internacional* n.º 18.

⁵ «Estructura familiar» en *África Internacional* n.º 18.

era una unidad económica integral entorno a un jefe de familia, que reagrupa a hermanos, primos, mujeres e hijos. De ahí la necesidad de poseer varios campos: arrozales, campos de mijo, de maíz, de cacahuete. Las mujeres, conjuntamente con el resto de los miembros, trabajaban los campos familiares 5 días por semana. Los 2 restantes los usaban para el cultivo de sus pequeñas parcelas situadas cerca de sus casas, a veces también se ocupaban de los campos individuales del marido.

Situaciones distintas eran las de los pueblos que practicaban la agricultura itinerante.

Por otra parte, también cabe distinguirse la situación de la mujer de los pueblos pastoriles, ya fueran nómadas o transeúntes, de las zonas áridas o semi-áridas. Por ejemplo, los Maasai, los cuales asignaban a las mujeres el cuidado del ganado de marido en el momento del matrimonio. En caso de fallecimiento, sólo lo conservaban si tenían hijos varones herederos.

En cualquiera de estas situaciones lo destacable es que en las sociedades tradicionales, que todavía sobreviven en gran medida en la actualidad del continente africano, la mujer conservaba sus recursos naturales. Era una división del trabajo muy primitiva pero protegía a la mujer y le otorgaba una importancia social enorme al ser reproductora y alimentadora del grupo familiar.

En aquella sociedad tradicional la fecundidad era otro aspecto que nos explica la consideración que tenía la mujer africana. El poder comercial y político del jefe de familia incrementaba por el hecho de tener muchos hijos de distintas mujeres, pues permitía extender las alianzas matrimoniales y con ello el área de su comercio e intercambios. También se ampliaban las zonas por las que el hombre podía transitar en tiempo de guerra. Este concepto era muy habitual entre los Zulú de África del este y del sur.

Sin embargo, entre otros pueblos, como los Mandinga de África oeste, el sistema de poder se fundamentaba en la antigüedad en la organización patrilineal. Este jefe era quien distribuía el trabajo en campos comunales y entregaba el grano a las mujeres a diario para la alimentación de la familia. A veces se recurría a un trabajo adicional basado en las «fraternidades», es decir, un trabajo-inter-aldeas en el que se remuneraba a la mujer con comida.

Por último, cabe señalar que en la sociedad tradicional africana, el paso de niña a mujer era muy breve o casi inexistente. Existían pueblos en los que desde muy pequeñas a las niñas se les asignaban las tareas de la mujer y se «socializaban sus tareas» sus tareas al servicio de la familia extensa.

Podríamos seguir poniendo muchos ejemplos de cómo se estructuraba el trabajo y en consecuencia la organización social de los pueblos Africanos, pero lo importante más que el número de casos, es determinar cómo todo esto se vio afectado por la presencia colonial.

El desgarró de la mujer en la época colonial

La mayoría de los estudiosos coinciden en que la acción colonial erosionó la situación de la mujer africana al alterar el sistema productivo, puesto que esto cambió las relaciones sociales que existían en África.

Las colonias empezaron a demandar una mano de obra masculina asalariada, propia del patrón occidental de trabajo. Los colonos no concebían la agricultura como una actividad vinculada a la mujer. Este cambio tuvo dos consecuencias: la migración del hombre y la aparición de cultivos comerciales (café, algodón...) y la explotación minera.

En otros casos, frente a este reclutamiento voluntario, hombres y mujeres fueron sometidos a trabajos forzados para proveer de alimentos a los trabajadores de las empresas europeas, para construir caminos y acarrear pesos.

Todo esto se tradujo en un empobrecimiento de la dieta y la seguridad alimentaria de los pueblos africanos, afectando especialmente a la nutrición de la infancia.

Por otra parte, las mujeres fueron apartadas de su papel en la producción económica. Empezaron a ser educadas desde niñas en el desempeño de las tareas del hogar y, en todo caso, en una agricultura doméstica o con un papel suplementario en épocas de gran demanda.

Esto quiere decir, que el acceso que la mujer tenía en el sistema tradicional a los recursos productivos, se fue limitando con la sociedad colonial. A la mujer no se le enseñaron los métodos modernos de cultivo, ni las entonces nuevas tecnologías, ni se les concedieron los créditos normalmente vinculados al título de propiedad de la tierra.

Al mismo tiempo, la educación tampoco alcanzó plenamente a las mujeres, dejándolas marginadas de los hombres. Por ejemplo, en 1948, en Zaire se inició un programa de Educación Secundaria para niños, pero para las niñas se limitó a tres años. Cuando en 1960, el entonces Congo Belga obtuvo la independencia, entre los ochocientos estudiantes de Enseñanza Secundaria que se graduaron no había ninguna alumna. Lo mismo ocurría aquel mismo año, en las dos universidades con varios cientos de jóvenes que existían.

Podemos decir, que durante el periodo colonial se intentó modificar el carácter de la mujer africana para asimilarlo al ideal de la mujer blanca de la sociedad europea. Se llegó a considerar que leer y escribir era nocivo para las mujeres, pues descuidaban sus hogares.

Todos estos impedimentos a la actividad productiva de la mujer han tenido una incidencia directa sobre la crisis de alimentos que hoy en día pesa sobre África. En la actualidad el 80% del trabajo relacionado con la producción alimenticia, vuelve a estar en manos de la mujer africana.

En cuanto al sistema de poder, la colonización supuso el desmantelamiento de las antiguas divisiones territoriales y la sustitución de éstas por Estados de fronteras arbi-

trarias. Otra de las aportaciones de la colonización fueron los ejércitos, los cuales no existían como instituciones permanentes en la organización tradicional subsahariana.

La desintegración geopolítica se acompañó del debilitamiento de las autoridades locales. Algunas potencias abolieron las monarquías y familias gobernantes de la sociedad tradicional. Nombraron otros jefes a través de los que intentaron gobernar las colonias. Estos intermediarios fueron manipulados, forzando sus decisiones, o incluso acostumbrándolos a imponer medidas incluso contrarias a sus súbditos. Con ello se fue creando una mentalidad de que el gobierno y las propiedades públicas pertenecían al hombre blanco como un bien particular, de ahí la situación que nos hemos encontrado varias décadas después de que los pueblos africanos lograran su independencia.

Estas transformaciones tanto en el concepto de poder como de la propiedad de la tierra, se entiende por todo lo que anteriormente explicamos, que afectaron directamente a la consideración de la mujer en la nueva sociedad.

Por otra parte, la fragmentación de las unidades lingüísticas, religiosas e ideológicas unido a las prácticas foráneas, causaron un serio deterioro de los valores propiamente africanos.

De la mujer africana pos-colonial a la actual

Tras la independencia algunos Estados procedieron a la «re-africanización». Los africanos reemplazaron a los funcionarios coloniales, pero este proceso significó un proceso a favor de las áreas urbanas.

Los núcleos urbanos no fueron características exclusivas de la época post-colonial. Ya en el periodo anterior las ciudades habían crecido enormemente.

El desplazamiento de la población hacia los centros urbanos hizo que se tuvieran que buscar formas de supervivencia alternativas, lo que para las mujeres era casi inexistente. Aunque algunas mujeres encontraron empleos en el servicio doméstico, los sueldos eran bajísimos.

El comercio que se concentraba en las ciudades provocó un desequilibrio demográfico entre sexos, lo que favoreció el desarrollo de la prostitución. Se llegaron a producir casos extremos en este sentido. Por ejemplo, en Nairobi en los años cuarenta —todavía época colonial—, el Consejo Nativo Kikuyo tuvo que tomar medidas por el número de mujeres jóvenes que se trasladaban allí para vivir de la prostitución al no poder acceder a las tierras familiares.

Era habitual alternar la prostitución con otras actividades como la venta de comida, vegetales... comercio a pequeña escala. En este sentido, tendríamos que hacer una lectura positiva de esta situación a la que se vio abocada la mujer africana con motivo de su desarraigo. Estas circunstancias permitieron a las mujeres el acceso a unos ingresos

directos, lo que con el tiempo les proporcionó la posibilidad de convertirse en propietarias de tiendas o incluso terratenientes y ganaderas.

Es decir, proporcionó a la mujer una independencia que no existía en las áreas rurales. La mujer volvió a integrarse en el sistema económico a través de las actividades comerciales en las que fue consiguiendo su propio terreno.

La actividad «empresarial» de las mujeres urbanas fue transmitida al mundo rural, favoreciendo el pequeño comercio. A este desarrollo económico acompañó la introducción de la mujer en el sistema educativo.

En el África actual se han conservado algunos hábitos sociales que se asociaban a la mujer tradicional, tal es el caso de la poligamia que sigue siendo una práctica habitual. Hoy en día, sobre todo en las zonas rurales, el 50% de los matrimonios subsaharianos siguen siendo poligámicos. El número de mujeres varía según la región. Por ejemplo, en Sierra Leona pueden ser hasta siete mujeres, en Zimbabwe hasta cuatro. Por otra parte, la importancia de la familia favorece que el matrimonio siga teniendo lugar a edades muy tempranas, entre los diecisiete o veinte años.

En torno al peso demográfico y al desarrollo hay una gran polémica establecida. Hay quien considera que la única forma de disminuir la pobreza es disminuir la fecundidad y hay quien la considera imprescindible por todo lo contrario.

Otro de los asuntos más debatidos en cuanto a la mujer actual y la tradición, es la práctica de la ablación o excisión del clítoris. En 28 países de África y el Oriente Próximo se realizan estas prácticas como formas autóctonas, eso sin contar, los países de emigración en los que habitualmente se sigue esta costumbre, a pesar de estar perseguida por las autoridades occidentales. Se calcula que existen un total de 130 millones de mujeres mutiladas sexualmente en todo el mundo, que padecieron esta operación entre los cuatro y los doce años. Casos destacables son el 98% de las mujeres de Somalia, el 94% de las de Malí y el 90% de las de Sierra Leona⁶.

La mujer, por su capacidad reproductiva, es depositaria de un poder que viene definido por los intereses del hombre⁷. En una sociedad patriarcal en la que el poder está reforzado por el número de hijos, la condición de la mujer permanece subordinada a la del hombre del que depende. Por eso se ejerce una presión para que se mantenga casta o se case y sea madre de numerosos hijos. En este contexto la autonomía de la mujer en relación con los imperativos sociales es prácticamente nula. Su cuerpo se convierte en un instrumento manipulado por la sociedad. En este sentido, la desviación de las normas de conductas impuestas no es únicamente una cuestión individual, sino una amenaza social que atenta contra la tradición del sistema educativo, familiar o cultural y puede incluso

⁶ AMDPress *Cooperación y Desarrollo*. Diaria n.º 5, 6 de marzo de 2001.

⁷ «Las mujeres y el fundamentalismo» en *África Internacional*, n.º 18.

llegar a justificar la lapidación. Así nos explicamos, la existencia de los casos que todavía se producen y que llegan a sobrecoger y hacer reaccionar a la opinión pública mundial⁸.

Es cierto que la mujer hoy en día goza de una mayor información y tiene a su disposición una mejor gestión de medios y técnicas que tienen relación con la salud y la reproducción, pero sigue estando lejos de sus derechos y las posibilidades de demanda de los mismos⁹.

Las mujeres van alcanzando la posibilidad de subir escalones en la sociedad, aunque sea por hechos muy contradictorios. Las guerras, las hambrunas o las enfermedades convierten a muchas en «jefas de familia», lo que no rompe con la tradición africana comentada.

A pesar de estos cambios el sector agrícola sigue representando la mejor posibilidad laboral para la mujer africana en su conjunto. Es cierto que crecen los trabajos informales (pequeño comercio, artesanía, alimentos...), sin embargo en los formales, especialmente en los centros urbanos, sigue siendo el sector masculino el más beneficiado.

Esta diferencia ha sido principalmente causada por la disparidad en la educación y la formación, por este motivo los programas de organismos internacionales se dirigen hacia esta realidad¹⁰. En porcentajes generales, estaríamos hablando de un 38% de mujeres alfabetizadas frente a un 59% de hombres. En zonas del sahel baja la tasa femenina al 19%. Estas cifras cambian mucho según los países, por ejemplo, 8% de niñas somalíes, 37% en Burkina Faso y en Níger.

Está demostrado que en las sociedades donde las mujeres son formadas y educadas, los réditos se multiplican. Una mujer formada no sólo obtiene mejores ingresos, sino que abre toda una gama de opciones: mejor gestión del ámbito familiar¹¹, son menos vulnerables a contraer el Sida, tienen mejores hábitos de higiene y una nutrición más adecuadas... todo ligado al descenso de mortalidad infantil y mayor expectativa de vida, mejorando la calidad de la misma¹². Podríamos asegurar, que incluso se favorece la

⁸ El caso de Amina Lawal, que saltó a los medios de comunicación durante el año 2002 al ser condenada por un Tribunal Islámico a la lapidación, no es más que un ejemplo de la situación que padecen muchas mujeres africanas. Puede leerse en «Sola contra la Sharia» el testimonio de Ezinne Ndidi abogada y defensora de los derechos de las mujeres. *Diario El País*, 7 de julio de 2002.

⁹ Puede ampliarse en: *Amnistía Internacional: La mutilación genital femenina y los derechos humanos*. Madrid, Libros de la Catarata, 1998.

¹⁰ Puede ampliarse en: MORA, L.M. y PEREYRA, V.: *Mujeres y solidaridad. Estrategias de supervivencia en el África Subsahariana*. Madrid, Libros de la Catarata, 1999.

¹¹ Muchas veces la formación de la mujer está destinada a mejorar sus capacidades domésticas. Podríamos decir, como comentó algún autor respecto a la época colonial, «es una educación orientada hacia la inferioridad». Quizás desde la lucha feminista haya que plantearse si la situación de la mujer africana no está repitiendo patrones históricos. Véase, DAVINSON, B.: *Historia de África*. Madrid, Folio, 1992, p. 254 y sgs.

¹² Ver el informe de UNICEF presentado para la Conferencia sobre la Pobreza Infantil, celebrada en Londres en marzo de 2001. Uno de los puntos claves recoge el objetivo de invertir en la educación de las niñas para luchar contra la pobreza. www.unicef.org.

«africanización», pues la tradición pasa de ser transmitida de forma exclusivamente oral a forma escrita.

La falta de formación femenina implica que el 85% de las mujeres empleadas ocupe puestos no cualificados. Tienden a concentrarse en el sector de servicios. Son pocas las mujeres que desempeñan puesto de gestión, administración o niveles técnicos superiores. Todavía persiste una disparidad sexista muy acentuada en la situación laboral.

Por último, debemos señalar, que los procesos de democratización en África son piezas esenciales para frenar el subdesarrollo, cuyas víctimas principales son las mujeres y los niños. La mujer con educación tiene una gran responsabilidad en hacer avanzar a la sociedad para obtener las condiciones que el progreso político pueden reportar a las mujeres en su conjunto. Por muchos impedimentos o lentos resultados ante los que se encuentren los programas sociales internos o exteriores, no deben olvidarse en aras de evitar la marginación femenina.

Ante este panorama presentado, podemos concluir, que hoy en día en la mujer Africana están depositadas enormes posibilidades para el desarrollo y el progreso del continente¹³.

¹³ Léase a modo ilustrativo: «mujeres Africanas con voz propia» en *Mundo Negro*, n.º 457, 2001.